

Mario Sergio Cortella (2018). *Familia. Urgencias y turbulencias*. Madrid: Narcea de Ediciones (Col. “Educadores XXI”). ISBN: 978-84-277-2472-3. ePdf: 978-84-277-2473-0. ePub: 978-84-277-2474-7

María Pilar Moragón Arias¹

¹ Universidad de Vigo. mariapilarmoragon@uvigo.es

Recibido: 18/03/2020
Aceptado: 17/04/2020

Copyright ©
Facultad de CC. de la Educación y Deporte.
Universidad de Vigo



Dirección de contacto:
María Pilar Moragón Arias
Facultad de Ciencias da Educación e do
Deporte
Campus A Xunqueira, s/n
36005 PONTEVEDRA

Estamos ante un libro del año 2018 que, no por ello, podemos dejar de reseñar y de recomendar. *Familia. Urgencias y turbulencias* es un nuevo trabajo del pedagogo y filósofo brasileño Mario Sergio Cortella, que ya ha recalado en las páginas de esta misma revista en otras ocasiones. El libro es un compendio de reflexiones muy personales, en cuanto que hay un alto componente biográfico en muchas de ellas, pero también muy bien fundamentadas con una idea-clave recurrente: la responsabilidad de los adultos, del mundo adulto, en la formación adecuada de las nuevas generaciones actuando frente a todas las dificultades e incertidumbres que comporta sin perder la perspectiva de intentar hacer lo mejor en cada momento acorde a unos valores éticos elementales. Y esa responsabilidad y el esfuerzo y sacrificio que lleva consigo, abocará a una sensación placentera y de orgullo por el deber cumplido, si no desistimos del empeño pese a las adversidades.

En las últimas décadas se manifiestan una serie de “urgencias y turbulencias” en torno a la cuestión familiar, en paralelo al desarrollo vertiginoso de la sociedad y los cambios constantes que se están produciendo en un mundo cada vez más incierto e inestable: la hipertrofia de las ciudades que constituyen el nicho vital de una parte cada vez mayor de la Humanidad, el debilitamiento de los lazos familiares y de la vida “en familia” y en el hogar tal y como se las concebía, el imperio del materialismo y del *resultadismo* en las relaciones y en el proceder de los seres humanos, la explosión del mundo digital y la magnificación social de todo lo que tiene relación con él hasta el punto de que es constructor de nuevos modelos mentales... Ante todo esto los adultos, como padres o como educadores, debemos actuar para no perder a una generación que tiene sin duda cosas muy buenas, mucho mejores en bastantes aspectos que las anteriores (lo que ocurre es que en esto de las generaciones también todo va muy rápido: en muy pocos años hemos pasado de la *x* a la *z*) pero también una serie de debilidades y flaquezas, un componente de fragilidad derivado de la pérdida del sentido de la convivencia y de las normas de convivencia más elementales. Como considera el autor, si se asume la formación del niño o del adolescente como una relación de amor, se debe

entender que es algo prioritario, que exige volcarse, renunciar a muchas cosas, incidir en otras, dedicación que tiene como recompensa el orgullo y la satisfacción de haber hecho lo que se debe hacer cuando se debe hacer.

A lo largo de dieciséis pequeños capítulos se transita por una reflexión sobre las causas de esas urgencias y turbulencias que el autor ha experimentado muchas veces en primera persona. La conversión de la familia en un “criadero” sustituyendo a su papel de lugar de formación, de aprendizaje, de convivencia, de alegría y de afecto, aboca a lo que denomina una “economía de intercambios simbólicos” para compensar el tiempo que los padres pasan separados de los hijos, un mercantilismo de los afectos dañino en cuanto que no deja claros los límites que hay en la vida. El disfrute de la convivencia se ve dificultado en una ciudad turbulenta e hipertrofiada que ha cambiado las reglas de juego de las relaciones sociales: de espacio vivido, la ciudad pasa a convertirse en un espacio de consumo, de compra, cuya sublimación son los centros comerciales, nuevos lugares –o *no lugares*– para las relaciones sociales. El fomento excesivo de la autoestima de los niños como trasunto de una sociedad competitiva puede hacer que se olvide la necesidad continua de mejorar, olvidar que el ser humano no es perfecto sino “perfectible”. El mundo “hipertextual” en el que viven inmersos los niños y las niñas, los estímulos continuos, alejan la necesidad de pensar y de tomar serenamente elecciones y decisiones; se pierde la motivación como una actitud interna frente a una cada vez mayor necesidad de estímulos externos para actuar: “una parte de esta generación es reactiva, reacciona a los estímulos continuamente. No es proactiva, esto es, capaz de crear, de construir, de vislumbrar posibilidades” (p. 64). Por eso se puede caer con facilidad en el tedio, en el aburrimiento, algo no deseable.

Concebir a la familia como una institución democrática, que no lo es ni puede serlo, y no como una institución participativa en la que todos son iguales en dignidad, supone asumir un grado de corresponsabilidad para sus miembros que no es positivo bajo ningún concepto, al comportar una dejación del principio de autoridad necesario (que no de autoritarismo). El niño o la niña no pueden ser “soberanos” sino que hay que educarlos para ser “autónomos”, que es algo bien distinto. Y la responsabilidad y la libertad de los niños y niñas dentro de su autonomía, deben ser supervisados, sobre todo en su inmersión en un mundo digital, apasionante sin duda, pero lleno de peligros: “el padre o la madre pueden meterse en la vida de su hijo. Y deben meterse. Lo que no pueden ser es opresivos, violentos o crueles. Pero acompañarlo es una labor ética” (p. 92). Y esto es algo que preocupa mucho al autor, por sus derivaciones hacia el *bullying* o hacia otros comportamientos aún más peligrosos, así como la caída en adicciones o dependencias. Lo mismo rige para la adolescencia –la *aborrecência* como le llaman humorísticamente en Brasil–, un período de la vida que requiere especial cuidado y acompañamiento.

Para los que somos padres y madres de familia, este libro supone colocarnos ante el espejo que refleja muchas de las cosas que están pasando ante nuestros ojos y que, por diversas razones, ligadas frecuentemente a las consecuencias del ritmo vertiginoso en el que transcurre la vida actual, ignoramos o asumimos como normales, inconscientemente, sin darnos cuenta de que eso puede constituir una

dejación de responsabilidades que malogren a las generaciones jóvenes. Pero como dice el autor, no debemos caer en el desánimo y tenemos que levantarnos y seguir adelante, porque es nuestra obligación ética como personas. Como apuntábamos al principio, las reflexiones personales del autor no están lejos de convertirse en la plasmación de verdaderas categorías que nos ayuden a convertirnos en mejores padres y madres, en mejores educadores, en hacedores de un futuro mejor para nuestros hijos e hijas, porque está en nuestras manos enmendar y reconstruir para mejorar. Todo es perfectible.